

Andrés Ortiz-Osés
Profesor de Filosofía

DES-ENMASCARAMIENTO

(A mi sobrina Maxi)

En una danza titulada *Desenmascaramiento*, nuestro bailarín M. A. Berna aparece enmascarado con una máscara animalesca, para finalmente quitarse la máscara dejando la cara o rostro al desnudo. Sirve de entrelazamiento musical una farruca de J. L. Montón, interpretada al violín por A. Malikian, el laúd de A. Artigas y la percusión de J. Barrés. Nuestro danzante danza sibilinamente el paso del enmascaramiento inicial al desenmascaramiento final.

El tránsito del animal al hombre se debe al simbolismo de las máscaras que adopta el hombre, máscaras animales con las que juega al nuevo rol del animal humano o humanizado. El cual se caracteriza por su mascarada folclórica y ritual, que se instituye a través del simbolismo en sus diversos niveles culturales, desde la política a la religión, pasando por la conjugación del lenguaje y el juego del amor interhumano. El propio animal lo es en bruto porque no sabe usar máscaras o representaciones, pero el hombre usa de máscaras y artilugios o artefactos para protegerse de sí mismo y de los demás, así como para proyectarse por encima de la naturaleza trascendiéndola.

Pero aquello que lo protege y proyecta acaba reprimiéndolo y asfixiándolo, y hoy nos plantea la necesidad de un desenmascaramiento generalizado del hombre. Pues si nuestras máscaras representan el tránsito del animal al hombre, hoy iniciamos la transición del hombre a su humanidad, transición que solo puede lograrse a través del desenmascaramiento del hombre y su hombrismo. Las máscaras fundan nuestro proceso de hominización, pero el desenmascaramiento debe fundar el actual proceso de humanización, un proceso emancipatorio liderado hoy por la mujer. La mu-

jer es por lo tanto la auténtica desenmascaradora del hombre tradicional y su masculinismo.

Las máscaras tradicionales del hombre señalan una cultura patriarcal de signo aguerrido o belicoso, competitivo, mientras que el desenmascaramiento del hombre por la mujer señala hoy una contracultura crítica que debe desembocar en la concurrencia común de la fratria y la fratriarcalidad, así pues de la hermandad o hermanamiento interhumano. El lenguaje del amor, símbolo del sentido de nuestra coexistencia, señala ya un desenmascaramiento de su viejo rol machista en favor de una feminización de nuestra sociedad violenta, capaz de remediar el diálogo conflictivo del hombre y la mujer, de la mujer y del hombre, del humano y de lo humano, pacíficamente.

Las máscaras del hombre han sido violentas y fatuamente heroicas, por eso precisamos un desenmascaramiento que propicie la interioridad o intimidad, la cura o el cuidado interhumano. Pero el feminismo contemporáneo no debería proyectar la agresividad de aquello que denuncia, so pena de repetir el escenario y la vieja mascarada. El feminismo no debería ser un «ismo» (extremista), sino un «istmo» mediador y mediador. Un «feminismo» que pueda conectar y reunir el continente masculino y el continente femenino, tradicionalmente reducido éste a mero contenido de aquel contenedor.

Yo lo sigo llamando «femEnismo», porque apoya y aboga por lo femenino tanto en el hombre como en la mujer, a fin de equilibrar el tradicional desequilibrio y sus máscaras de feroces animales depredadores. El hombre debe asumir la feminidad de la mujer, y la mujer debe condicionar la masculinidad del hombre: una nueva masculinidad abierta a la otredad.